

AL MARGEN DE LOS DIAS

EL HOMBRE EN EL PEDESTAL

Por RAMON VASCONCELOS

CON la muerte no queda excluido el general Menocal de la lista de Grandes de Cuba. Es ahora, exactamente, que comienza a vivir para la Historia, que fijará en definitiva la altura de su pedestal. Hay imprudentes que comparan lo que no admite comparaciones. En materia de funerales, cada cual tiene el suyo. Cuestión de épocas. Cuestión de circunstancia. Cuestión de psicología colectiva. Cuestión de mayor o menor sensibilidad pública.

Hubo el entierro del Generalísimo, en que la Habana entera se echó a la calle, inconsolable. Hubo el del general José Miguel Gómez, en que el liberalismo en masa quiso acompañarlo hasta el cementerio. Hubo ayer el del general Menocal, en que las multitudes desfilaron tras el féretro o se congregaron en las aceras para verlo pasar, con profundo recogimiento.

En cada uno estuvo presente el pueblo, se manifestó el sentimiento cubano, se expresó la consternación por el deceso de un caudillo bien amado. Cada cambio obedece a una transformación social.

Son los caminos en cruz de las generaciones que se van y las que llegan. Son los trenes que se cruzan, con destino distinto. Cada uno lleva su ruta, sólo que contrapuesta. Únicamente nota la contraposición de trayectorias quien se queda como observador en los ardenes de la estación intermedia.

Cuando el Generalísimo falleció, el fervor patriótico del pueblo estaba intacto. La fe colectiva estaba virgen. Se vivía, en Cuba y en el mundo, en pleno frenesí romántico. Morir entonces quien había construido la independencia del país significaba la glorificación del heroísmo.

Cuando falleció el general José Miguel Gómez, caudillo libertador, pero caudillo también de una revolución política, representaba la máxima esperanza de un partido, su suprema dirección, y el liberalismo se apretó detrás del armón, abrumado por la desgracia.

Ahora fallece el general Menocal, caudillo de la guerra y caudillo de la causa conservadora, y la muchedumbre sigue paso a paso sus restos, con la intuición de que algo decisivo se acaba de desplomar.

Mentalmente resucítense las épocas, confróntense los tipos de cubanos, cótéjense las mentalidades, compárense las reacciones populares.

A los cuarenta años de uso y de abuso, el himno suena a hueco, la bandera se ha desteñido, los hombres se han gastado, la fe popular se ha debilitado. Han muerto todas las místicas. Y los ídolos, los símbolos, las ideologías, las tácticas, las esperanzas, se han importado de medios distintos al nuestro. ¿Que queda en pie de la cubanidad genuina de fin de siglo? Y si es evidente la divergencia mental entre el cubano libertador y el cubano libertado, a ratos liberticida, ¿cómo exigir que los funerales de un patricio sean idénticos en el presente de rebeliones e indisciplinas, de iconoclasmos y negaciones sistemáticas, que en un pasado reciente, pero de frescas ingenuidades y a la vez de jerarquías ordenadoras?

Quizá sí, en vez de fenecer Máximo Gómez en los ilicis de la era republicana, hubiera muerto ayer, este mismo pueblo, que marchó lloroso tras de su sarcófago, estaría discutiéndola y regateándole los honores.

En consecuencia, el homenaje popular a los grandes hombres está en razón directa de la oportunidad de su muerte.

Menocal muere en oportunidad física, pero en inoportunidad nacional. Un hombre, una cosa tan relativa como es la unidad humana, decide, sin embargo a veces una situación. Si Roosevelt muriera esta noche, ¿quién garantiza que el curso de la historia del mundo sería mañana el mismo? Si se desplomara Churchill, ¿habría quien lo sustituyera a plenitud en Inglaterra? Si por suerte para la humanidad pereciera Hitler, ¿las perspectivas de la paz serían las actuales?

FOR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

HABANA, 1941

21

Menocal desaparece cuando su presencia, su vigencia política, era más necesaria. No sólo para sus adeptos, también para quienes no lo eran. Representaba el punto de equilibrio. Cuba, con hambre, desorganizada, despistada todavía, mira en gran parte hacia la izquierda. Se necesitaba una referencia de derecha. La referencia era Menocal. Y no se diga que sólo el menocalismo, y mucho menos el conservatismo. Menocal era el caudillo, y el caudillaje, producto de las circunstancias, de hechos y de años, no se improvisa ni se hereda. Es intransferible. Lo crea y lo cancela el caudillo. Lo que queda es la obra, el patrimonio político, justamente lo que da origen a querellas y desmembraciones.

Como el caudillo no puede preparar sucesores, su testamento político es siempre letra muerta a la hora de la ejecución. Menocal fue, singularmente, el tipo de jefe político que doblaba en sí las facultades de bandera y abanderado. No es una frase. Hay hombres que son banderas, no abanderados. Hay otros que son simples abanderados, no banderas. Si a la condición de bandera se añade la de abanderado, la autoridad es completa. Tal es el caso del HEROE DE TUNAS. Como lo había sido el del HEROE DE ARROYO BLANCO. Y lo que nos ha ocurrido a los liberales, le ocurrirá a los conservadores. Notarán la falta de un centro de gravedad. Y, como nosotros, aun conservando su integridad como organización, tendrán que someterse a direcciones fortuitas ajenas a su historia y a su conveniencia, marchando en cada elección de un lado a otro como nómadas.

Además, todo es hoy diferente. Incluso el tipo de líder. Aquellas vinculaciones de por vida a un hombre y a una causa son un recuerdo lejano. Lo serán más cada día. Por eso, cuando un fundador de la democracia cubana baja a la tumba, los que estamos en la estación intermedia del camino, donde las rutas se cruzan hacia destinos diferentes, sentimos que algo nuestro se va con ellos.

De todos modos, el último de los mayores generales del Ejército Libertador queda instalado en el pedestal de las consagraciones definitivas, tras de su sarcófago, estaría discutiéndolo y regateándolo los honores.

El País, Sep 9/41

